
La eliminación de los campesinos

Fernando Cortés Barragán



Más allá y más acá de la ideologización de los discursos y del "hechizo" de los aparatos de propaganda, es válido postular -junto con estudiosos de antes y de ahora- que el actual esquema del comercio mundial se funda en los hechos sobre una encarnizada guerra por el control de personas, recursos y bienes y por los cada día más disputados mercados del consumo, mientras que en las palabras se defienden las bondades, la modernidad y el humanismo de la economía de mercado en su versión neoliberal.¹

También se puede reconocer que las modernizaciones que se han dado en el mundo han tenido como motivo real y principal el crecimiento de las tasas de ganancia mediante la expansión de los mercados y las fronteras comerciales. Igualmente es reconocible que sus impulsores han desarrollado -en casi todo tiempo y lugar- discursos de un supuesto alto nivel racional, en donde los motivos de fondo no son llamados por su nombre sino que se revisten de propósitos civilizatorios, ante los cuales todas las formas de organización social, cultural, económica y política diferentes a las de la modernidad en turno son vistas como obstáculos para el progreso, modos de vida atrasados y bárbaros que deben ser domados y civilizados. Para ello, cualquier vía y cualquier medio son válidos, y los pueblos que no se han sometido pasivamente a los sucesivos proyectos modernizadores generalmente han sido barridos hasta la extinción, o son expulsados a "reservas" o "zonas de refugio" cuyos recursos naturales apenas dan para la sobrevivencia.

Otro de los componentes centrales de tales estrategias modernizadoras es el desarrollo de modos específicos de organización de la producción y la distribución de bienes, los cuales se implantan como los únicos válidos, los únicos capaces de propiciar el bienestar y el desarrollo de la humanidad entera y que, por lo tanto, se revisten de una

legitimidad totalizante y globalizadora, con derecho a desplazar y desaparecer otras maneras de convivencia humana. Además, los principios económicos sobre los que se fundan tales modernizaciones también invaden y modelan las otras esferas del ser y del quehacer humanos. No se limitan a las actividades económicas sino que incuban y alimentan modos de vivir y de pensar, valores y conocimientos que devienen en ignorancia, e incluso penetran en las esferas trascendentes expresadas en la religiosidad.

Así, las sucesivas modernizaciones han podido desarrollar -con éxito siempre endeble y temporal- las maneras de ver el mundo más adecuadas para sus verdaderos propósitos, mientras que las *otras* maneras de ver y de vivir el mundo han sido combatidas, sea abiertamente armas en mano, o bien de modo discreto, mediante armas de naturaleza más sutil pero no menos efectivas.

Esos molestos sobrevivientes

Desde el surgimiento de las primeras ciudades han sido las sociedades agrarias, los pueblos y las comunidades dedicados principalmente a la producción de alimentos -el sustento para toda la humanidad- los que han estado más expuestos a los efectos negativos de las modernizaciones.²

Sin embargo, a pesar del rigor y la persistencia de esos efectos, de "encuentros de dos mundos" y tres culturas, o quintos centenarios; a pesar del desarrollo de todas las civilizaciones comerciales y urbanas -luego industriales y ahora "tecnocrónicas"-³, las sociedades campesinas siguen existiendo con todo y que desde tiempos muy antiguos se ha postulado la necesidad de que desaparezcan como tales para darle paso al progreso civilizatorio.

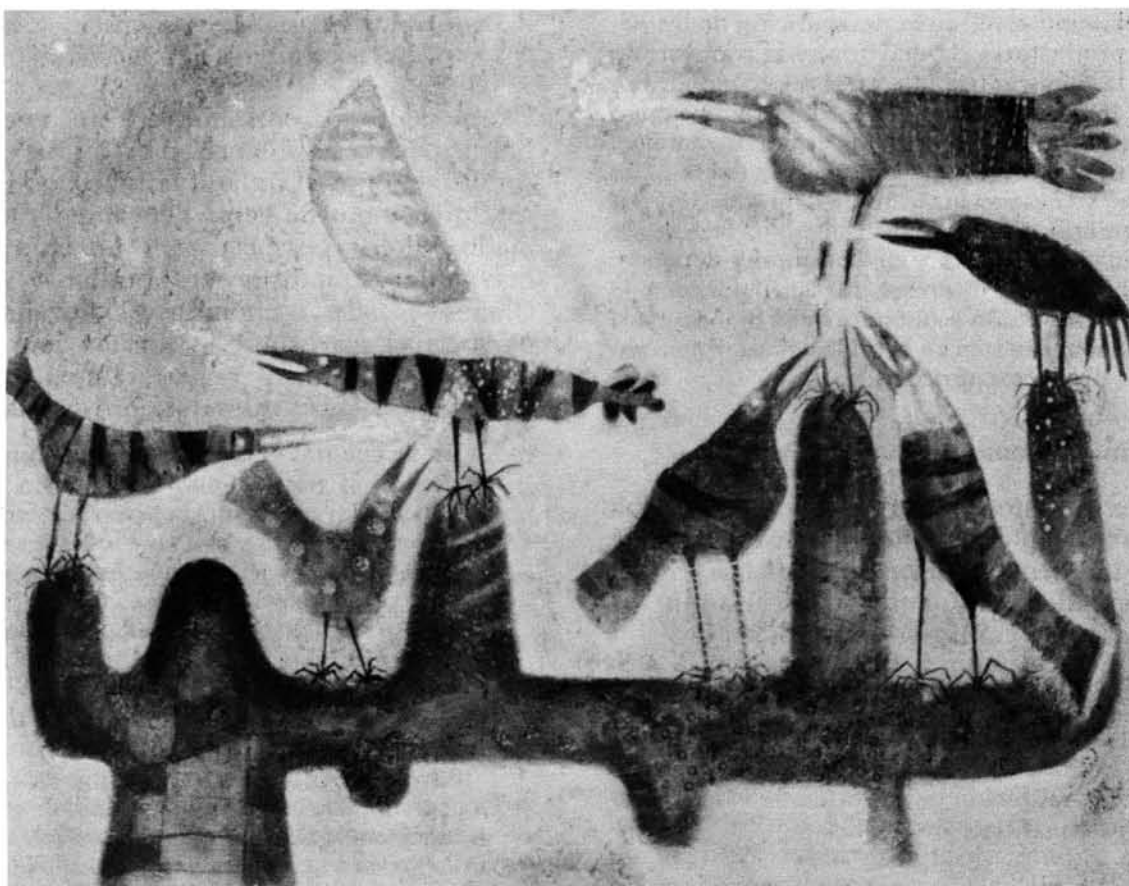
John Berger -un notable ensayista europeo que emigró de la ciudad al campo- abordó el estudio de las sociedades rurales mirándolas como



el espacio de refugio de una particular clase de sobrevivientes.⁴ Desde un punto de vista novedoso en el debate sobre lo rural, describe los contenidos positivos de las actitudes y conductas campesinas que siempre son vistas como negativas.⁵ La "pasividad" no es inercia ni flojera, es manifestación de otra manera de vivir el tiempo, aprendida de su relación profunda con los ciclos de la naturaleza, con los ciclos agrícolas. La "reserva" ante los ciudadanos no es timidez, es el conocimiento heredado de su diferencia fundamental: el campesino se sabe un ser con raíz, miembro de una comunidad arraigada firmemente en el tiempo y en el espacio, y sabe que los urbícolas son personas sin raíces en la tierra. La "resistencia al cambio" no es incapacidad para adaptarse a nuevas condiciones o para incorporar innovaciones, sino que manifiesta la ancestral sabiduría de que todo cambio venido de fuera siempre les ha quitado algo y no les ha dado más que nuevos trabajos. El "complejo de inferioridad" ante los urbanos es la manifestación de la honda conciencia que tiene de su ubicación en la sociedad: al campesino le toca trabajar la tierra para que otros coman y para que algunos pocos aumenten sus ganancias; el campesino sabe que su trabajo tiene muy poco valor en términos monetarios,

aunque haya aprendido que tiene uno de los valores sociales más altos porque garantiza la sobrevivencia de la especie. El "conservadurismo" del campesino expresa una voluntad de resistencia ante los proyectos modernizadores, ante los proyectos que postulan que "el paraíso prometido" está en el futuro y se lanzan en su busca cueste lo que cueste. Para el campesino lo único que garantiza la permanencia de la humanidad -y primeramente de su propia familia y de su comunidad- no es el escape hacia el futuro sino el trabajo disciplinado en el presente como práctica actualizada y actualizante de los conocimientos fermentados por sus ancestros.

Estos rasgos, con variantes mayores y menores, son comunes a los campesinos de todo el mundo, y aunque las fuerzas económicas, y sus manifestaciones en el plano de la cultura siguen presionando a las sociedades rurales para que dejen de ser lo que son y pasen a convertirse en ejércitos de obreros agropecuarios o en conglomerados de productores rurales, ellas siguen resistiendo, siguen constituyendo una particular clase de molestos sobrevivientes, todavía y hasta que alguna modernización futura descubra, y desde luego comercialice, la manera para que los humanos se



nutran directamente de la tierra y de los rayos del sol.

¿Modernización o eliminación?

Si bien en la pervivencia de las comunidades agrarias ha tenido un papel determinante el conjunto de estrategias de sobrevivencia del que han echado mano, debe considerarse también que difícilmente habrían podido sobrevivir como sociedades si no representaran una utilidad estratégica para las matrices civilizatorias y los modelos económicos sucesivamente dominantes. A pesar de muchos intentos y de la aplicación sistemática de estrategias productivas que tienden a excluir a los campesinos -como campesinos, con todo y sus raíces y su cultura, pero no como fuerza laboral-, ellos siguen teniendo funciones económicas fundamentales para la reproducción y el desarrollo de la actual civilización "urbanotecnocrónica".

Con todo y sus atrasos, resistencias al cambio e ineficiencias, y con todo y los avances -casi de ciencia ficción- que ya existen en la ingeniería genética y la robotización de las actividades agropecuarias, los campesinos siguen siendo los principales productores de alimentos para las personas

y para los animales domesticados mediante la ganadería, así como de materias primas para la industria.

Sin embargo, en los últimos 30 años el capital monopólico -a través de sus corporaciones multinacionales- consolidó una estructura de agronegocio altamente rentable. Mediante ella controla, si no necesariamente la producción, sí el mercado de entrada y salida, así como el procesamiento, empaque y venta de todo tipo de comestibles.

La penetración de esta modalidad de mercado a todos los rincones del globo está eliminando al campesino: en los países desarrollados mediante una conversión más o menos planeada y en los países subdesarrollados de modo acelerado y caótico. Pese a la magnitud y a las consecuencias de este fenómeno, no se le llama por su nombre, sino que se le encubre con la "palabra mágica", el abracadabra de nuestros tiempos, como lo señala Berger:

Los planificadores de la Comunidad Económica Europea contemplan la eliminación sistemática del campesino para finales de siglo, si no antes. Por razones políticas a corto plazo no usan la palabra eliminación, sino la palabra modernización. La

modernización conlleva la desaparición de los pequeños productores (la mayoría) y la transformación de la minoría restante en seres económicos y sociales totalmente diferentes. El gasto de capital para mecanizar y utilizar químicos intensivamente, producir para el mercado en terrenos del tamaño necesario y la especialización de la producción por área, significan que la familia campesina cese de ser una unidad productiva y de consumo y dependa, en cambio, de los intereses que la financian y le compran. La presión económica de la cual depende dicho plan, se sustenta en la caída del valor mercantil de los productos agrícolas.⁶

El campesinado como última trinchera

Hay que decir, junto con Berger, que no es posible argumentar razonablemente en favor de que se preserve y mantenga la forma de vida tradicional del campesinado, porque ello implicaría que los campesinos deben continuar explotados

[...] y llevar una vida en la cual la carga de trabajo físico es con frecuencia devastadora y siempre opresiva. [...] tan pronto uno acepta que los campesinos son una clase de sobrevivientes, se vuelve imposible cualquier idealización de su forma de vida. En un mundo justo, tal clase no existiría.⁷

Pero, por otra parte,

[...] menospreciar la experiencia del campesinado por considerársele anticuada y sin relevancia para la vida moderna, e imaginar que miles de años de cultura no arrojan un legado al futuro -simplemente por no estar encarnada en objetos duraderos-, y continuar manteniendo -como se ha hecho por siglos- que su experiencia es marginal a la civilización, es negar el valor de mucha historia y demasiadas vidas. No puede trazarse una línea de exclusión que corte la historia de esa manera, como si fuera un rayón que cierra una cuenta.⁸

La continuidad milenaria de la experiencia y la visión del mundo de los campesinos, amenazadas de extinción, adquieren una urgencia inesperada y sin precedentes. No es sólo el futuro de los campesinos lo que hoy está involucrado en esa continuidad, sino el futuro mismo de la humanidad y de la historia, toda vez que "las fuerzas que en casi todo el mundo están eliminando al campesinado, contradicen la mayoría de las esperanzas contenidas, alguna vez, en el principio del progreso histórico". Intentar, en este marco, la construcción de alternativas políticas viables supone, como prerequisite,

[...] que los campesinos adquieran una visión mundial de sí mismos como clase, y esto implica no su eliminación, sino la adquisición de poder: un poder

que transformaría su experiencia y su carácter como clase.⁹

Carentes de raíz en la tierra y sin base material propia para la subsistencia, alejados del espíritu de comunidad por el individualismo dominante, los ciudadanos -y mucha gente del campo- están desarmados ante la perspectiva de una consolidación mayor del capitalismo corporativo y sus consecuencias sociales, económicas y culturales. Ante esa perspectiva los campesinos están mucho mejor preparados, cultural y materialmente, debido a sus prácticas ancestrales de sobrevivencia.

A fin de cuentas el capitalismo tiene un papel histórico en sí mismo; uno no previsto por Adam Smith ni Marx: destruir la historia, desgarrar cada eslabón del pasado y orientar todos los esfuerzos y la imaginación hacia lo que está por ocurrir. El capital puede existir sólo si se reproduce continuamente; su realidad presente depende de su realización futura. Esta es la metafísica del capital. La palabra *crédito*, en vez de referirse a logros anteriores, se refiere únicamente a esta metafísica de expectativas. No está dentro del horizonte de este ensayo preguntarse cómo es que esta metafísica logró moldear un sistema mundial, cómo se ha traducido a la práctica del consumismo, cómo presta a la categorización de aquellos a quienes empobrece llamándolos retrógrados (que cargan el estigma y la vergüenza del pasado). El comentario de Henry Ford de que "la Historia es palabrería" ha sido subestimado; sabía lo que traía entre manos. Destruir a los campesinos del mundo podría ser un acto final de eliminación de la Historia. Habría que seguir analizando el significado y las consecuencias de esta amenaza de eliminación.¹⁰ ▲

Notas

1. Manuel Rodríguez Lapuente. "Historia de la expansión comercial en el mundo y la soberanía nacional", conferencia dictada en el ITESO el 21 de octubre de 1991.
2. Cabe aclarar que al referirse aquí a los campesinos y a las sociedades agrarias se considera entre ellos a los indios, a los pueblos autóctonos o "grupos étnicos".
3. Neologismo que combina "tecnología y electrónica", y que alude a los sistemas de producción basados en el uso de tecnología de punta (informática, cibernética, robótica, ingeniería genética, etc.) y a las teorías y sistemas de gobierno y control político asociados a ellos. Cfr. Alvin Toffler. *La tercera ola*, Edivisión, México, 1984.
4. Berger, John. "Los sobrevivientes", en *México Indígena*, núm. 8, mayo de 1990, pp. 21-30.
5. Cfr. Bonfil Batalla, Guillermo. *México profundo*, Conaculta-Grijalbo, México, 1989.
6. Berger, *op. cit.*, p. 29.
7. *Ibidem*, p. 30.
8. *Idem*.
9. *Idem*.
10. *Idem*.